



colaboraciones

Dejad que los niños escuchen mi voz

Una propuesta para acercar la palabra de Dios a los niños y preadolescentes en edad catequética y a sus familias

MIGUEL ÁNGEL M. NUÑO, SDB

Universidad Pontificia Salesiana (Roma)

El Concilio Vaticano II aportó, a mediados del pasado siglo, riquezas sobreabundantes para la vida y la misión de la Iglesia. En el centro de la vida de una Iglesia que quedaba profundamente renovada y redefinida en *Lumen Gentium*, el concilio supo poner «alma, corazón y vida» gracias al redescubrimiento de la palabra de Dios. Debido al impulso de la constitución *Dei Verbum*, empezaban a superarse cuatrocientos años de desconocimiento generalizado de la Sagrada Escritura por parte de los fieles cristianos, y de su uso instrumentalizado por los intelectuales—teólogos—católicos, que buceaban entre las páginas de los profetas, de los evangelios y de las cartas a la búsqueda de los argumentos más adecuados para sostener y confirmar sus tesis¹.

En los años sesenta del pasado siglo habían quedado superados ya los tiempos en que, primero, el dogma católico tenía que responder al desafío luterano con un pronunciamiento al máximo nivel (Trento) y, segundo, debía encarar el debate con el racionalismo acerca de la fe y del conocimiento natural y revelado (Vaticano I). Era, pues, «el momento propicio para presentar la Escritura como lo que es: la palabra que Dios dirige al pueblo de su alianza, de su alianza nueva y definitiva en Cristo reunido para celebrar el misterio de salvación»². En tal sentido, la ya citada constitución *Dei Verbum* necesitaba ser leída desde las claves que ya aportaba la primera de las constituciones conciliares, *Sacrosanctum*

¹ Cfr. B. Sesboüé, «Dogma y teología en los tiempos modernos», en Id. – Ch. Theobald, *La Palabra de la salvación. Historia de los dogmas* IV, Salamanca 1997, 146-150.

² G. Ramis, «*Sacrae Scripturae momentum*. Biblia, leccionario y homilía», en J. M. Canals – I. Tomás (coords.), *La liturgia en los inicios del tercer milenio. A los XL años de la Sacrosanctum Concilium*, Grafite, Baracaldo 2004, 308.

Concilium. Y así, a la luz de ambos documentos, se descubren los dos rotundos principios que sostienen la renovada consideración de la Iglesia universal a la palabra de Dios: la presencia de Dios y de Cristo en la Sagrada Escritura, de modo singular cuando esta es proclamada en la asamblea litúrgica, y la íntima conexión entre Palabra y celebración³.

El concilio plantó una semilla de la mejor calidad. Durante las seis décadas siguientes, hasta nuestros días, la orientación del magisterio de la Iglesia y la labor de los teólogos –particularmente escrituristas y liturgistas– ha ayudado a que crezca y madure un fruto bueno. Benedicto XVI ofreció una buena cosecha en la exhortación apostólica *Verbum Domini* sobre la palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia; Francisco, de manera más pragmática, ha querido subrayar su centralidad instituyendo el domingo de la palabra de Dios cada año en el tercer domingo del tiempo ordinario. Por fin, en cuanto que la catequesis es una «realidad dinámica y compleja al ser-

vicio de la palabra de Dios»⁴ y una expresión concreta del ministerio de la Palabra⁵, no se puede obviar el peso específico que esta tiene en el *Catecismo de la Iglesia Católica* y en los tres directorios generales. De hecho, el más reciente (2020) empieza definiendo la naturaleza de la catequesis desde perspectiva kerigmática⁶, para poco después enriquecerla con la tradición del catecumenado eclesial. No hay que insistir mucho más, por obvia, en la atracción mutua que ejercen entre sí el anuncio del kerigma y la palabra de Dios.

Pero mucho antes, desde 1965 hasta finales de los setenta, la labor se centró en elaborar los leccionarios para que la palabra de Dios llegase abundante a los fieles⁷. Así fue: en pocos años, gracias al titánico esfuerzo de los mejores expertos, la Iglesia universal pudo contar con una renovada y enriquecida colec-

⁴ DGC 2020, n. 55.

⁵ Cf. DGC 2020, n. 37.

⁶ Cf. DGC 2020, n. 57-60.

⁷ «Con la finalidad de que la mesa de la palabra de Dios se ofrezca con mayor abundancia a los fieles, ábranse con mayor generosidad los tesoros bíblicos, de modo que en un espacio determinado de años se lea al pueblo una parte sustancial de las Sagradas Escrituras» (SC 51).

³ «Cristo siempre está presente en su Iglesia, sobre todo en las acciones litúrgicas [...] Está presente en su palabra, pues él mismo habla cuando las Sagradas Escrituras se leen en la Iglesia» (SC 7).



ción de leccionarios, cuya génesis es apasionante: bocetos, discusiones, aportaciones de las comisiones y de los obispos, enmiendas finales... Tras siglos de distanciamiento entre los fieles católicos y la Biblia (¡hasta cuarenta versiones en latín y muchas otras en lengua vernácula llegaron a formar parte del *Índice* de libros prohibidos!), A. Bugnini –uno de los artífices de la reforma litúrgica posconciliar– pudo escribir, pleno de satisfacción: «La palabra de Dios estaba reconquistando al pueblo de Dios»⁸.

Una vez aprobado el *Ordo lectionum Missae* en 1969 para toda la Iglesia, cada conferencia episcopal podía acometer la edición de los leccionarios en la lengua de su país. Los obispos españoles impulsaron la publicación de los ocho primeros volúmenes entre 1969 y 1978; el noveno –para las misas con niños, del que hablaremos a continuación– se dilataría hasta 1984. Con pequeñas variaciones, estos son los leccionarios que hemos usado en las celebraciones eucarísticas hasta 2015, fecha en que se ha acometido una renovación sustancial del texto bíblico, ligado ahora a la traducción oficial de la Biblia que promovió la Conferencia Episcopal Española entre 1996 y 2014.

La palabra de Dios ofrecida a los niños

En el contexto de la reforma litúrgica de los años sesenta, pronto se vio la necesidad de dar una respuesta satisfactoria a la siguiente pregunta: ¿es posible adaptar la celebración eucarística, de modo que sea más accesible a los niños que participan en la misma

por razón de la catequesis infantil o junto a su familia? ¿Y las lecturas bíblicas, en particular, pueden ser objeto de adaptación? No es posible reducir la respuesta a un monosílabo. Para orientar la reflexión de cada Iglesia particular y de cada comunidad cristiana, en 1973 se publicó con carácter universal el *Directorio para las misas con niños*, hoy –me temo– un gran desconocido. Es un documento de estructura sencilla: consta de cincuenta y cinco números, distribuidos en una introducción (nn. 1-7) y tres capítulos.

- El primer capítulo (nn. 8-15) expone la necesidad de iniciar y formar a los niños en la celebración del misterio eucarístico, por medio de la comprensión y adquisición gradual de «valores humanos subyacentes en la celebración eucarística» (n. 9) y asequibles a todas las edades, como el saludo, el sentido de fiesta compartida en común, el silencio y la escucha, el perdón y la acción de gracias, etcétera. La responsabilidad de los padres –sean de mayor o menor reciedumbre en su vida creyente–, de la comunidad cristiana y, dentro de ella, de los padrinos y catequistas, es puesta en valor en estos números.
- El capítulo segundo (nn. 16-19) estudia las *misas con adultos en las que participan algunos niños*. Tal sería el caso, por ejemplo, de los niños que acompañan a sus padres por razón de su pertenencia a algún movimiento eclesial. En estos números se valoran las posibilidades, pero también los riesgos de este tipo de celebraciones, en las que los niños no deben sentirse como «convidados de piedra» en un acto extraño, propio de adultos.
- El tercer y último capítulo es el más extenso: ocupa más de la mitad del documento (nn. 20-55). Su finalidad no es otra que presentar los criterios que han de orientar las *misas con niños en las que participan algunos adultos*. Para ello, el texto se ordena en dos grandes bloques:

⁸ A. Bugnini, *La reforma litúrgica (1948-1975)*, Liturgiche, Roma 21997, 406. A ello hay que sumar, fuera del ámbito estrictamente litúrgico, la profusión de ediciones de la Biblia en castellano que se suceden en los años setenta y ochenta. Baste citar las dos más usadas en aquellas décadas: la *Nueva Biblia Española* y la *Biblia de Jerusalén*.

Tras exponer algunos principios de pedagogía religiosa, se presentan los elementos más válidos para cultivar la educación en el sentido del símbolo entre los más pequeños (nn. 20-37): los gestos y los elementos visuales, el canto y la música, los servicios y ministerios, el espacio celebrativo, los tiempos litúrgicos, que condicionan la celebración; el valor del silencio, etcétera.

A continuación (nn. 38-55), el directorio da paso a la presentación de las partes de la misa, con abundantes sugerencias para los pequeños, pero nunca presentada como extraña o alternativa al *Ordo Missae*. Al contrario, cuanto sugieren sus páginas tiene por objetivo «indicar los medios y métodos para educar a los niños en la comprensión del misterio eucarístico, insertándose plena y conscientemente en él, a fin de poder participar en la celebración eucarística de la comunidad. Este es el objetivo final. La misa con los niños no es un fin en sí, sino que tiene como meta la plena incorporación de los niños a la comunidad eucarística de los adultos»⁹.

⁹ A. Bugnini, *La riforma liturgica*, 441.

De estos números finales rescato *ad litteram* el párrafo referido a la elaboración de un leccionario específico para las misas infantiles: «Que cada una de las conferencias episcopales llegue a confeccionar un leccionario para misas de niños» (n. 43b). En el trasfondo de estas palabras subyace el rechazo que tuvo poco antes la redacción de un único texto con carácter universal a semejanza de sus «hermanos mayores», los otros leccionarios. Pero, en cambio, se abría la puerta a que cada conferencia episcopal tomara la iniciativa. La primera que lo hizo fue la italiana, editando en 1976 el *Lezionario per la messa dei fanciulli*, que no pasó de la fase *ad experimentum*: nunca llegó a la imprenta la edición típica. Ocho años más tarde, siguiendo el camino inaugurado por los obispos italianos, los españoles harían lo propio.

Necesidad de una actualización

Han pasado casi cuarenta años de aquel improbable trabajo que abanderaron el marianista Antonio Bringas y Andrés Pardo, al frente entonces de la comisión episcopal de Liturgia. Durante cuatro décadas se ha podido cons-



tatar, con pesar, que el *Leccionario IX para las misas con niños* acumula con frecuencia más polvo que otra cosa en cualquier estantería sacristana. No se trata de una sospecha infundada; viene sostenida por los datos obtenidos en un trabajo de campo suficientemente clarificador¹⁰. De dichos datos brotan algunas conclusiones:

- La utilización por parte de las comunidades cristianas de un instrumento como el Leccionario IX no ha sido, cuarenta años después, proporcionada al esfuerzo que supuso su elaboración. Por ende, es lícito deducir que el fruto pastoral haya sido, por lo general, menor de lo deseado. ¿Cuáles han sido las causas? Con cierto atrevimiento quizá se puedan adelantar algunas posibles razones, a modo de preguntas en el aire: ¿fue adecuada y suficiente la presentación del Leccionario para las misas con niños en el momento de su publicación?, ¿se dio a conocer a los

sacerdotes, catequistas y educadores en la fe –de entonces y de ahora– la riqueza bíblica y litúrgica que contiene el Leccionario IX?, ¿existen elementos estructurales en dicho leccionario (por ejemplo, selección u organización de las perícopas bíblicas) que inviten a una revisión?...

- Sería provechoso y útil acometer la elaboración de un nuevo leccionario infantil. Pensamos que ha sido un paso atrás y una pobreza renunciar a contar con un volumen especialmente adaptado para los niños entre la colección de los nuevos leccionarios en lengua española, a pesar de así lo contemplaba el plan inicial de la comisión episcopal de Liturgia. Si bien la solución inmediata habría sido la reedición del volumen de 1984 con la mera adaptación de los textos según la nueva versión oficial en castellano de la Sagrada Biblia, sin embargo un trabajo así, lamentablemente, habría nacido muerto, a semejanza de lo experimentado a lo largo de estos casi cuarenta años por el aún vigente *Leccionario para las misas con niños*. A la razón histórica se suma el peso evidente

¹⁰ El tercer capítulo del Trabajo de Fin de Máster que defendí en 2020 en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas «San Pío X» buscaba desvelar el conocimiento y el uso del Leccionario IX en un número significativo de parroquias y comunidades cristianas de diversas diócesis españolas, tanto en el momento de su edición como en la actualidad.



de la realidad: las condiciones para la evangelización son sustancialmente más complejas en estos tiempos que en la década de los ochenta, y es grande la ausencia de la palabra de Dios de los ámbitos aún capaces de transmitir la fe a los niños: la familia y la escuela. Urge, pues, acometer con valentía y esfuerzo un nuevo proyecto de leccionario para las eucaristías frecuentadas por niños, que sea un instrumento eficaz para la proclamación de la palabra de Dios en aquellas asambleas litúrgicas con abundante presencia de menores, particularmente en edad catequética, que suelen ir además acompañados por sus padres. La labor evangelizadora de los progenitores se convierte hoy, en palabras del papa Francisco, en una oportunidad sin igual, cargada de «mayor fuerza evangelizadora que todas las catequesis y que todos los discursos» (AL 288).

- Asentada la oportunidad y la necesidad de ofrecer no ya un leccionario –tarea que compete de manera exclusiva a cada conferencia episcopal–, se impone una alternativa. Quizá sea posible aún pensar en una nueva selección de textos bíblicos para los niños y los preadolescentes en edad catequética, y para sus familias, que haga gustar a los niños la palabra de Dios proclamada en la celebración litúrgica. Tal proyecto debería venir definido por dos rasgos:

a) La preferencia por una selección de textos que apunte al núcleo de la fe cristiana. Tal es la orientación kerigmática de todo proceso evangelizador, como ya insinuaba el papa Francisco en su primera exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*¹¹, y como ha quedado de mani-

fiesto en el nuevo *Directorio General para la Catequesis*.

- b) Esta selección de textos bíblicos pensada especialmente para los niños, debería ordenarse preferentemente según el año litúrgico, de modo que el curso natural del tiempo ayude a la presentación y profundización del misterio de Cristo, muerto y resucitado. La conciencia eclesial de la presencia de Cristo en la acción litúrgica se hace aquí manifiesta una vez más: «Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en las acciones litúrgicas [...] Está presente en su palabra, pues él mismo habla cuando las Sagradas Escrituras se leen en la Iglesia. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20)» (SC 7).

Pronto se verá, *Deo volente*, una plasmación concreta de estas reflexiones en los anaqueles de las librerías religiosas. Y no solo tras las lunas de los escaparates, sino sobre todo encima de los ambores de nuestras parroquias e iglesias, cuando la eucaristía dominical esté pergeñada de ese tono infantil que tanto agrada a catequistas, padres y abuelos. Ojalá se presente a los ojos de los sacerdotes y agentes de educación en la fe como una respuesta respetuosa con la historia reciente y con los procesos emprendidos desde los años de la renovación litúrgica conciliar, alimentada por las sugerencias que han brotado de una sólida investigación catequética y litúrgica, abierta a las aportaciones de muchas personas consultadas. Ojalá se adecúe, en fin, a las circunstancias del momento presente, y sea capaz de conectar la celebración sacramental con la vida cotidiana de los niños, los preadolescentes y sus progenitores.

MIGUEL ÁNGEL M. NUÑO, SDB

¹¹ «Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante» (EG 35).